

tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufán desesperado.

Quien haya procurado conocer el corazón humano, y la violencia con que le agitan las pasiones cuando se abandona á ellas, sabrá cuán comun es en estos frenesíes proferir la lengua lo que discurre el entendimiento, ó, por mejor decir, lo que siente el corazón.

Por eso, nada tiene de inverosímil que una mujer, que prorumpe en furiosos ademanes y desconcertados pasos, se explique también con expresiones de venganza todo el tiempo que precede al lance crítico en que ha resuelto ejecutarla. Y si esto es natural en sí mismo, mucho más lo será cuando se mira como escena estudiada y representada con reflexión por una mujer ingeniosa que pretende deslumbrar á su esposo.

Estas objeciones hace á CERVANTES su historiador Don Gregorio Mayans, mirando los descuidos que le atribuye como unas inadvertencias de que no se libró ni el mismo Homero. Quien haya leído el QUIJOTE imparcialmente, como este erudito valenciano, solo de este modo puede hablar de los defectos de CERVANTES.

No todos le han censurado con tanta moderación y respeto. Don Isidro Perales dice, en su prólogo al *Quijote* de Avellaneda, que, según CERVANTES, se podían enmendar todos los libros de caballerías. Si hubiera leído con cuidado el gracioso escrutinio que hicieron el cura y el barbero de la librería de Don Quijote, no se hubiera atrevido á decir una falsedad tan manifiesta. Él sin duda se fundó en el plan que hizo el canónigo de Toledo de un libro de caballería bueno, y sin los defectos ordinarios. Pero hay mucha diferencia de decir que se puede escribir un libro de caballerías sin defectos, á sentar que se pueden corregir todos los libros de caballerías escritos.

Al ver que un español no entendió á CERVANTES, no hay que admirarse de que no le entendiese el marqués d'Argens, que, fundado en un pasaje de este escritor, asegura que los *Libros de las Fortunas de Amor*, de Antonio Lofraso, son de los mejores que hay en España, siendo así que, si los perdonó el cura en su escrutinio, fué diciendo *que, desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se había compuesto*. No es mucho que un extranjero no entendiese que en castellano se llama *gracioso* todo lo que hace reír: lo digno de extrañar es, que hable con tanto magisterio de lo que no entiende.

ARTÍCULO IX.

Descuidos que tuvo Cervantes en esta fábula.

PERO, aunque estos cargos no sean verdaderos, no por eso nos atreveremos á decir que carece de defectos el QUIJOTE. Algunos hemos encontrado en él, que, ó lo son verdaderamente, ó, á lo menos, no hemos podido alcanzar su solución; y entre ellos algunos, que el mismo CERVANTES reconoció por tales.

El defecto más notable que se encuentra en esta fábula es el haber insertado en ella algunos episodios importunos y ajenos de la acción principal. Tal es la novela del *Curioso Impertinente*, que introdujo el autor sin otro motivo que haberla encontrado el cura en una maleta que se había dejado casualmente en la venta un pasajero. De suerte que, como confiesa el mismo CERVANTES en boca del bachiller Sanson Carrasco, el defecto de esta novela no es ser mala ó mal razonada, sino ser ajena de aquel lugar, y no tener qué ver con la historia de Don Quijote.

La novela del *Cautivo* no es tan importuna como la del *Curioso Impertinente*, porque estaba él allí efectivamente, y así es uno de los interlocutores de la fábula, lo cual no sucede á los personajes de la otra. Pero tiene el defecto de ser demasiado larga; pues, como ni antes ni después entra el cautivo en la acción del QUIJOTE, ni su relación tiene enlace con los hechos de este, es claro que solo debía representarse en el cuadro de la fábula como figura de cuarto ó quinto término, y su historia, por consiguiente, debía ser muy sucinta y de pocas líneas. No sucede esto á Cardenio y Dorotea; porque, la gran parte que tuvieron en la aventura del reino de Micomicon,

los hace ser figuras de segundo término, ó segundos personajes en la fábula; y es natural, y aun preciso, que se den á conocer mas, y para esto cuenten por menor sus historias.

CERVANTES, hecho cargo de cuán importunas son en el QUIJOTE las dos referidas novelas, quiere disculparse en boca de *Cide Hamete* cuando va á tratar del gobierno de Sancho, y da por excusa la sequedad del asunto, y la dificultad que hay en mantener el diálogo entre pocas personas, y estar precisado á entretener á los lectores con solos los discursos de Don Quijote y Sancho. Hace ver (como es verdad) que en la *Segunda Parte* solo se encuentran episodios nacidos de los mismos sucesos, y aun estos con una moderacion tan grande, que merece mas alabanza por lo que calla que por lo que dice. En todo esto tiene razon, y nadie puede negar que es difícil entretener á los lectores con los sucesos y discursos de dos hombres solos; pero, el mismo haberlo ejecutado tan bien y con tanta naturalidad en la *Segunda Parte*, hace que sean menos disculpables los dilatados é impertinentes episodios de la *Primera*: y la mayor prueba de que no los insertó por precision, sino por dar noticia, en el primero de sus novelas y en el segundo de su valor y cautiverio, es que, sin ellos, la *Primera Parte* del QUIJOTE no solo no queda seca, sino antes bien mas agradable, por la naturalidad á que se oponen estos retazos, brillantes sin duda, pero zurcidos fuera de su lugar, por valerme de las expresiones de Horacio.

Tambien pudiera haber omitido CERVANTES la aventura del gateamiento, por ser algo fria respecto de las demás, y porque no parece muy decorosa á los duques. Con todo, no se puede graduar de inverosímil; pues, siendo aquellos señores muchachos, no es de admirar que, á pesar de la gravedad de su estado, dejasen ver de cuando en cuando la ligereza de la edad juvenil: y aun podia servirles de disculpa el haberse ejecutado de noche, y mucho mas el no haber creido ellos que pudiese tener un éxito tan desgraciado.

De poco sirve para la bondad de una fábula que todos los acaecimientos que en ella se refieren sean oportunos y conexos con la accion principal, si ellos en sí no son verosímiles. Por eso, aunque nuestro autor es digno de la mayor alabanza por la oportunidad de todos sus episodios (á excepcion de los pocos que quedan referidos), con todo es preciso confesar que en algunos faltó á la verosimilitud.

Entre los singulares acaecimientos de la venta leemos, que apenas habia concluido su historia el cautivo cuando llegó su hermano el oidor, con quien se hizo el reconocimiento por medio del cura, despues que el cautivo se hubo asegurado, por el nombre, patria y señas, de que efectivamente era su hermano. El reconocimiento, el razonamiento del cura, y todas las demás circunstancias, están muy oportunamente puestas; pero la venida de este oidor es tan pronta y á tan buen tiempo, que parece estaba concertado con su hermano para entrar en la venta luego que él acabase su historia. El caso es posible, pero no verosímil,

y esto solo es lo que debe entrar en la fábula. Todos los sucesos que no hay precision ó motivo para que sucedan, aunque convengan para el desenlace, son impropios y violentos, porque se conoce claramente que sucedieron porque al autor le convenia, y no por otra razon.

En esta venta reunió CERVANTES tantos sujetos, y acumuló tantas aventuras, que, aunque cada una de por sí sea verosímil, la concurrencia de todas no lo parece. Quizá, si hubiese omitido los episodios del cautivo, oidor, Clara y Don Luis, que ninguna falta harian para el todo de la fábula, hubiera quedado mas ligera, y, por consiguiente, mas verosímil esta parte de su obra.

Si CERVANTES no hubiera manifestado su pensamiento de continuar el QUIJOTE, en el último capítulo de la *Primera Parte*, se pudiera inferir, del modo con que la concluye, que no pensaba escribir segunda, porque remata todos los episodios, sin dejar cosa alguna pendiente que mueva la curiosidad de los lectores, mas que la locura del héroe, y aun esta se puede mirar como concluida estando ya Don Quijote sosegado en su casa. Y aunque, para probar que en la *Primera Parte* no queda del todo satisfecha la curiosidad de los lectores, pudiera decirse que los que la leen tienen mayor deseo de leer la *Segunda*, esto no prueba que la fábula quede pendiente, sino que es tan agradable que, el que la lee, no se cansa de ella. En una palabra, no es efecto de la curiosidad, sino del gusto: ni se busca en la *Segunda Parte* el complemento de la *Primera*, sino una repeticion del placer que se sintió en su lectura.

Algunos acaecimientos ó aventuras particulares hay que sin duda exceden los términos de la verosimilitud. Por ejemplo, el robo del rucio, que ejecutó Ginés de Pasamonte estando Sancho caballero en él. Aunque es claro que el objeto de CERVANTES fué ridiculizar el de Brunelo cuando quitó del mismo modo el caballo á Sacripante.

Lo que absolutamente no puede disculparse es la aventura del Clavileño Aligero, el cual dice nuestro autor que era de madera, y que, habiéndole pegado fuego por la cola, *al punto, por estar lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con Don Quijote y con Sancho en el suelo medio chamuscados*. Pero al instante refiere que se levantaron, y despues añade que Don Quijote *dió muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho*. Este suceso, á primera vista se descubre que no cabe en la esfera de lo natural; pues, volar por los aires un caballo de madera con el impulso de la pólvora, y caer en tierra los que estaban sobre él, sin mas daño que un pequeño golpe y quedar algo chamuscados, mas parece un milagro que una burla. Tampoco parece verosímil que Altisidora, cuando refirió á Don Quijote lo que habia visto en el infierno, le contase que los diablos jugaban á la pelota con el *Quijote* de Avellaneda, pues esto ninguna conexion tenia con sus amores. CERVANTES, por no perder esta ocasion de dar á entender el poco valor de aquella obra, no cuidó de la verosimilitud.